

Liberales, carlistas y caciques en el Bajo Martín del siglo XIX

ALBERTO SABIO ALCUTÉN

Tiempo de guerra contra el francés

La noticia de la intervención francesa en los asuntos de la Corona española corrió como un reguero de pólvora y lo que originariamente parecía un simple tumulto se convirtió en un auténtico levantamiento popular. El Dos de Mayo, magistralmente plasmado después por Goya, significó la ruptura entre la autoridad oficial y el pueblo. España era, en ese alborar del siglo XIX, un país de enorme complejidad, pues a las divisiones territoriales por motivos históricos, a veces desconcertantes, se unía una superposición de las esferas administrativa y judicial. Más aún cuando, tras las abdicaciones de Bayona, a Napoleón le quedó expedito el camino para que un miembro de su familia ocupase el trono español.

La incidencia de la invasión francesa fue más que notable en el Bajo Martín, tanto en pérdidas humanas como en convulsiones políticas, pues varias de las primeras autoridades fueron fusiladas, como el alcalde Gargallo en Samper de Calanda. El llamado Cordón de Samper fue un cuerpo de ejército constituido por los pueblos del corregimiento de Alcañiz a fines de 1808, que derrotó en varias ocasiones al general francés Guatire, acuartelado en Fuentes. Estaba compuesto por unos 2.200 hombres armados, extendidos y repartidos desde La Zaida a Vinaceite, que iban perdiendo y reconquistando pueblos a los franceses. Por su parte, el ejército francés demandaba raciones a los municipios, unos días a Jatiel, otros a Catelnou y algunos más a La Puebla y a Híjar; si se le negaban y no se saldaban las exacciones exigidas, se atacaba el lugar. La misión principal del Cordón radicó, con todo, en hostigar el sitio de Zaragoza y en defender Alcañiz, es decir, en realizar maniobras de distracción y de contención de los franceses sitiadores. Domingo Gascón nos relató con detalle en su *Teruel en la Guerra de la Independencia* algunas campañas militares y correrías acaecidas por tierras del Bajo Martín. Nos cuenta, por ejemplo, que «Wattier, con 3.000 hombres y 500 caballos, llegó a mediados de enero de 1809». Los hombres del Cordón se enfrentaron a Wattier hasta el 19 de enero, en la partida de El Montecico y en el paraje que aún

hoy se conoce en Samper con el sobrenombre de El Ataque. Como consecuencia de esta batalla, los hombres del Cordón hubieron de retroceder hasta el río Martín, donde finalmente se tomó la decisión de replegarse hasta Alcañiz.

Los franceses tomaron Alcañiz en enero de 1809 y cuatro meses más tarde se libró la batalla de Los Pueyos entre las tropas francesas y las españolas. Cuentan las patrióticas crónicas de la época que, a pesar de la superioridad numérica y táctica de los galos, los tierrabajinos se alzaron con la victoria, aun a costa de dejar un elevado número de bajas en el camino. Solo en la toma de Alcañiz, antes de que los franceses establecieran su guarnición en el castillo, fueron pasados a cuchillo por sus calles más de seiscientos hombres. Por entonces, Palafox decidió instalar en Samper las dependencias de la Real Audiencia de Aragón, aunque enseguida el general Suchet restableció su funcionamiento en Zaragoza.

Al margen del ejército regular, con Palafox y Espoz y Mina en los puestos de mando, distintos guerrilleros utilizaron «métodos propios» por los caminos y revueltas del Bajo Martín. Ahí estuvieron, por ejemplo, las correrías antifrancesas de Manuel Alegre, alias *El Cantarero*, quien, rehuyendo las acciones campales, realizó pequeñas operaciones dispersas por las riberas del Martín, hasta tomar Híjar incluso, con el fin de hacer intolerable la vida a las fuerzas de ocupación.

Tras la Guerra de la Independencia, el país quedó hundido, con una demografía afectada por la guerra, el hambre y la peste, con unas fuentes de riqueza arrasadas, con una deuda exterior enorme y con una contradicción fundamental: ¿cómo solucionar los problemas económicos y hacendísticos sin tocar los privilegios sociales de ciertas clases?



Vinaceite. Granero del duque de Híjar (desaparecido)

Tiempo de liberales y carlistas

Al Trienio Liberal, iniciado con el pronunciamiento de Riego en 1820 y terminado con la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis en 1823, haciendo uso del «principio de intervención» aprobado en el Congreso de Viena (1815), le sucedió la *década ominosa*, momento en que el absolutismo, aun quitándose alguno de sus lastres más pesados, volvió a campar por sus respetos. Lo que se iba percibiendo era, sobre todo, la inviabilidad de un proyecto común de convivencia entre liberales y absolutistas a ultranza. Con la Pragmática Sanción de 1830, en virtud de la cual se derogaba la ley sálica y se facultaba el acceso de Isabel II al trono, se creó un pretexto dinástico para un enfrentamiento entre los partidarios de la revolución liberal, o *isabelinos*, y los defensores de la contrarrevolución, o *carlistas*.

Lo que formaba las bases sociales del carlismo era una amalgama con todos los insatisfechos de la revolución burguesa. Insatisfechos, por ejemplo, con la desamortización de las propiedades del clero, con la abolición del diezmo, con la disolución de señoríos, con las transformaciones jurídicas en la propiedad de la tierra, con la monetarización de los impuestos... Entre estos insatisfechos había personas anhelantes del statu quo del Antiguo Régimen y ahora desposeídos de sus prebendas, junto a campesinos descontentos y agraviados por los efectos perversos de los «progresos del liberalismo» sobre sus vidas cotidianas. De hecho, muchos campesinos del Bajo Martín afluyeron a las partidas carlistas, sobre todo en aquellos meses del ciclo agrícola en que más escaseaban los recursos.

En el fondo, como en otras zonas europeas, era la lucha entre liberalismo y absolutismo, entre revolución y reacción, solo que planteada bajo la forma de sucesión al trono entre el pretendiente Carlos, hermano del rey, y los partidarios de Isabel, hija de Fernando VII. A pesar de no tener en su poder las ciudades importantes ni las zonas trigueras, los carlistas mantuvieron amenazado al gobierno liberal hasta 1840. Y también durante esta guerra civil, que estalló a la muerte de Fernando VII, el Bajo Martín fue escenario de importantes operaciones. Al estar el Maestrazgo en poder de los carlistas, las comarcas limítrofes sufrieron de lleno los horrores de la guerra.

En el bando carlista hubo una primera etapa de liderazgo comandada por Carnicer, dirigente nacido en Alcañiz en 1798. Carnicer acabaría siendo fusilado, en un oscuro episodio, en abril de 1835, quizá a manos de los propios carlistas de Cabrera, que nunca lo vieron con simpatía. Entre los jefes de la insurrección en



Albalate del Arzobispo. Molino harinero de La Alfarda

el Bajo Aragón figuraba también Joaquín Quílez, teniente retirado de Samper de Calanda y experto militar que había participado ya en el Cordón durante la Guerra de la Independencia.

A raíz del nombramiento de Cabrera como comandante general de las tropas de Aragón y Valencia en marzo de 1835, se revitalizaron las partidas carlistas en la zona. El Tigre del Maestrazgo emprendió un proceso de organización e institucionalización de las filas carlistas y estableció en Morella y en la fortificada Cantavieja sus cuarteles generales y sus centros de operaciones. De tal forma que Cabrera atacó tierras del Bajo Martín en junio de 1837. Madoz nos cuenta en su Diccionario que, en plena refriega por Samper, una gran tormenta y un rayo segó la vida del secretario personal de Cabrera, Tomás Caire. Joaquín Andreu, otro de sus ayudantes, quedó malherido en el suelo, a pocos metros del paralizado y deslumbrado Cabrera. El cronista E. Flavio relató años después:

...el médico llegó a las inmediaciones de Samper, cuando ya el general había derramado copiosamente sangre por boca y narices, lo cual acaso le libró de un ataque al cerebro, y había recobrado el aliento. Dispusieronse camillas, y montado en un pacífico mulo y sostenido por su cocinero y su asistente, se pusieron todos en marcha hacia la villa de Híjar. Poco a poco se fue despejando a beneficio de dos sangrías. En Híjar se preparó un carro de colchones, donde le acomodaron lo mejor posible. Andreu continuaba en una camilla y el cadáver del desventurado Caire, previo al reconocimiento facultativo, fue enterrado en el cementerio de aquella villa. Era el 15 de junio de 1837.

Como si el incidente atmosférico se tratase de un signo evidente de maleficio y de efectos sobrenaturales, Cabrera abandonó el cerco y aplazó sus correrías hasta casi un año después.

En marzo de 1838, Cabrera decidió apoderarse de Calanda y, después, adueñarse de Samper. Los ataques carlistas acarrearón la destrucción del casco amurallado y del castillo. La iglesia parroquial, por su monumentalidad, su altura y su ubicación estratégica junto al castillo, fue convenientemente aprovechada como escudo de defensa. Varias casas fueron incendiadas, como la del alcalde y otros regidores, que habían irritado a Cabrera con sus negativas o su silencio ante la petición de raciones. Toda la guarnición liberal quedó apresada y llevada cautiva a Morella y Cantavieja. Sin embargo, otros testimonios más cercanos al bando carlista, como el del mencionado E. Flavio, insisten en que la rendición se llevó a cabo sin disparar un tiro y «no nos ha costado ni una gota de sangre», según relató en 1870. Lo que sí hubo, además de los prisioneros mencionados, fue incautación de fusiles, cartuchos y otros efectos.

La repercusión de la guerra sobre la vida cotidiana de las gentes del Bajo Martín fue notable a través de reclutamientos y aportaciones personales. El gobernador militar de Alcañiz, casa por casa para que nadie alegara ignorancia, exigió a los vecinos de Híjar, Urrea, Albalate o Samper su colaboración en labores de fortificación. Debían acudir allí los peones con azadón y también quienes tuvieran caballerías.



Samper de Calanda desde la ermita de Santa Quiteria

O se pagaba en trabajo o se pagaba en dinero, de acuerdo a las siguientes conversiones: 9 reales por carro, 4 reales por caballería mayor, 3 reales por caballería menor y 2,50 reales por persona. Al final, el poder carlista en el Bajo Martín empezó a diluirse, como en el resto de Aragón, desde el momento en que comenzó a fraguarse una solución pactada a la contienda en las provincias del Norte, pacto que acabaría tomando forma en el Convenio de Vergara, sellado por Espartero y el general carlista Maroto. Cabrera no aceptó la rendición de las provincias norteñas, pero a partir de aquel momento la suerte de la contienda ya estaba echada. Cabrera continuó las escaramuzas por su cuenta en el Maestrazgo, hasta ser aniquilado en los primeros meses de 1840.

La reina regente María Cristina, y después su hija Isabel, se enfrentaron a otro problema fundamental, una vez superada la guerra: la creación de un marco institucional que permitiese llevar a buen puerto la instalación de un régimen liberal. De momento, era la Corona quien elegía al Jefe de Gobierno, y siempre elegía a los moderados. La consecuencia de este proceder sobre la oposición nunca llamada al poder fue el retraimiento progresista y el pronunciamiento militar. Hubo, pues, sistemas «legales» de acceso al poder, vía decisión de la reina y elecciones por sufragio censitario, y sistemas «ilegales» a través del pronunciamiento militar o el motín urbano. Y así hasta la década de 1860, en que finalizaron las públicas alabanzas a la figura de Isabel II. Y es que la Corona no supo colocarse por encima de los intereses partidistas y, al no contar para nada con el partido progresista, impulsó a éste y a amplios sectores de población a las posiciones antidinásticas de los demócratas. Finalmente fue destronada la reina en septiembre de 1868, en lo que se conoce como la revolución de La Gloriosa. Por los pueblos del Bajo Martín

quedaron constituidas Juntas Revolucionarias. Al grito de libertad se publicó un bando, todavía conservado en Samper, donde además de ordenar «echar al vuelo las campanas, se autorizaba a unos cuantos vecinos a usar armas para acudir a cualquier llamamiento que se les hiciera». El uso de armas por personas no autorizadas, y especialmente de noche, se consideraría como ofensivo al Gobierno. El bando comenzaba diciendo que «el grito de libertad, cual chispa eléctrica, se ha extendido por todos los ángulos de nuestra oprimida Patria, y no podía menos de hacer eco en nuestros oídos». La Junta Revolucionaria reasumía en los pueblos del Bajo Martín las facultades que tenían a su cargo los anteriores ayuntamientos, insistiendo en que la propiedad sería absolutamente respetada y en que cualquier resistencia a las Juntas sería conceptuada como desacato a la autoridad.

Pronto se consideró, sin embargo, que las cosas habían llegado demasiado lejos y se puso freno a las veleidades más igualitarias. Poco había cambiado en lo social a raíz de unos sucesos de inspiración marcadamente burguesa. Eso sí, el carlismo, en descomposición desde 1850, experimentó una resurrección en 1869, al quedar vacante el trono. Los carlistas intentaron aprovechar en beneficio propio esta situación coyuntural de vacío monárquico. Neocatólicos e incluso liberales moderados acudieron a sus filas en busca del medio más eficaz para combatir la revolución que supuestamente acechaba. Intentaron canalizar las inquietudes de todos los grupos monárquicos y conservadores ante la posible consolidación de la República. Emprendieron de nuevo la lucha, aunque ahora la figura del carismático caudillo Cabrera –que reconoció a Alfonso XII como legítimo rey– fuera sustituida por la de Marco de Bello, comandante general de las tropas de Aragón y Valencia.



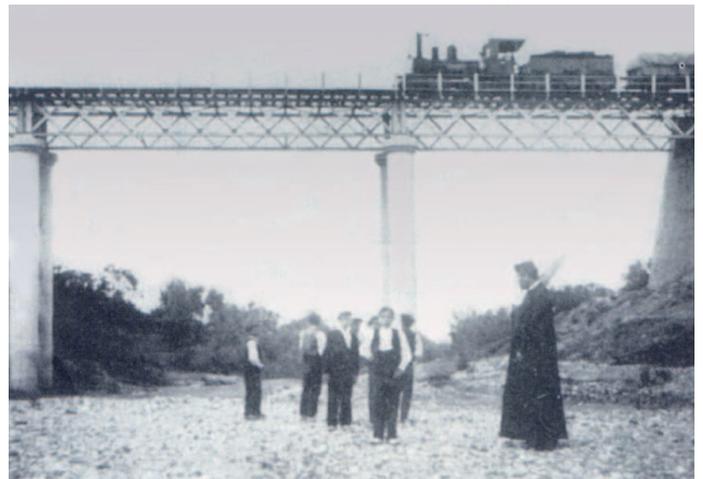
La Puebla de Híjar. Fuente con el escudo constitucional

La reproducción del conflicto carlista llegó también a territorios del Bajo Martín. En agosto de 1873 varios vecinos de Samper fueron secuestrados en Alloza por una partida de carlistas, que exigió un rescate en metálico para recuperar a los vecinos de casi 3.500 escudos, una cantidad bien respetable para la época. Todavía más importantes eran los 10.000 escudos que el comandante de Híjar amenazaba hacer pagar a los padres de los mozos del Bajo Martín. Pero a estas alturas los vecinos de la zona estaban cansados de tanta guerra, de tanto sufrimiento, de tanto sobresalto... Las raciones de carne y de vino a las tropas, o de paja larga de trigo para las camas de los soldados, impidieron destinar el dinero a la traída del telégrafo a los pueblos. Todos comenzaban a anhelar y a buscar la estabilidad política. Hubo fiesta en los pueblos del Bajo Martín cuando en marzo de 1876 el Gobierno declaró terminada la guerra

civil. Se celebraron misas solemnes por las almas de los muertos en campaña, se cantó un tedeum, se procuró iluminación general y se echaron las campanas al vuelo, previamente arregladas porque durante la guerra no habían tenido badajos y no habían podido funcionar en años. Se abría así la época de la Restauración, con la proclamación de Alfonso XII como rey de España.

Camino de hierro y trenes de vida

La tradición ferroviaria en el Bajo Martín parece arrancar, remotamente, cuando en 1841 se fundó una Junta especial de Carreteras y Ferrocarriles en Alcañiz, bastante antes de que entrase en funcionamiento la primera línea férrea en la Península Ibérica, la Barcelona-Mataró. Uno de los vecinos más ilustres de Samper, León Cappa, alcalde de la villa durante la década de 1860, consiguió en 1857 la primera concesión para un ferrocarril en Teruel: la línea Gargallo-Escatrón. Por las mismas fechas, edificó en Zaragoza, concretamente en la llamada «carretera de Castellón», la estación de ferrocarril que hoy conocemos como «de Utrillas». Eloy Fernández ha desgranado con paciencia cómo en 1865 comenzaron las obras de la Zaragoza-Escatrón y, al año siguiente, se otorgó al mismo León Cappa la línea Val de Zafán-San Carlos de la Rápita, buscando una salida al mar desde Zaragoza.



La Torica, la vieja locomotora a vapor que recorría la línea Val de Zafán, a comienzos del siglo XX

Pero aún faltaban unos años para que las locomotoras resoplaran y remontaran los puentes sobre el río Martín. Por un lado iban las intenciones teóricas y las leyes, como una de 1870 en virtud de la cual se decidió que ninguna capital de provincia debía quedar sin conexión ferroviaria, y los proyectos bienintencionados, como el de Nicolás Sancho y su *Memoria sobre carreteras y ferrocarriles del Bajo Aragón* (1881), y por otro lado, los enlaces concretos y el comienzo de las obras. Entre las intenciones y los hechos se interponían las concesiones dificultosas, las prórrogas, las rehabilitaciones y las construcciones lentas.

Finalmente, en 1879, comenzaron las obras del Val de Zafán, al que dio nombre un paraje situado a dos kilómetros de La Puebla de Híjar. El Real Decreto, firmado también por el ministro de Fomento, declaraba de servicio general «el ferrocarril que, arrancando de Val de Zafán y pasando por la ciudad de Alcañiz, termine en San Carlos de la Rápita». La expectación que levantó el proyecto y la presencia del rey Alfonso XII inaugurándolo en 1882 se expresaba unos años más tarde en la *Mesa Revuelta* de Eduardo Taboada. Tras echar una espuerta de tierra en Val de Zafán, Alfonso XII comentó:

...ayer tuve la gran satisfacción de inaugurar las obras del ferrocarril de Canfranc, interesante vía para el Altoaragón, y hoy tengo el no menor placer de hacer lo mismo con el ferrocarril de este sitio a San Carlos de la Rápita, pasando por Alcañiz, que tan útil ha de ser para el Bajo Aragón. No olvidaré nunca las manifestaciones de respeto y cariño que, con tal motivo, me ha dispensado este pueblo franco, noble, leal, celoso y satisfecho por su brillante historia, que admiro como el primero.

Eduardo TABOADA, *Mesa Revuelta. Apuntes de Alcañiz*, 1898, p. 338.

Por su parte la *Miscelánea Turolense*, que siempre siguió de cerca y se preocupó por un proyecto del que Domingo Gascón (su propietario) estaba convencido, introducía una coletilla crítica al decir:

...el rey D. Alfonso XII, acompañado del Presidente del Consejo de Ministros don Práxedes Mateo Sagasta y del Ministro de Fomento D. José Luis Albareda, inauguró las obras del Val de Zafán, las cuales se suspendieron el mismo día en que fueron comenzadas.

Miscelánea Turolense, 10-III-1891

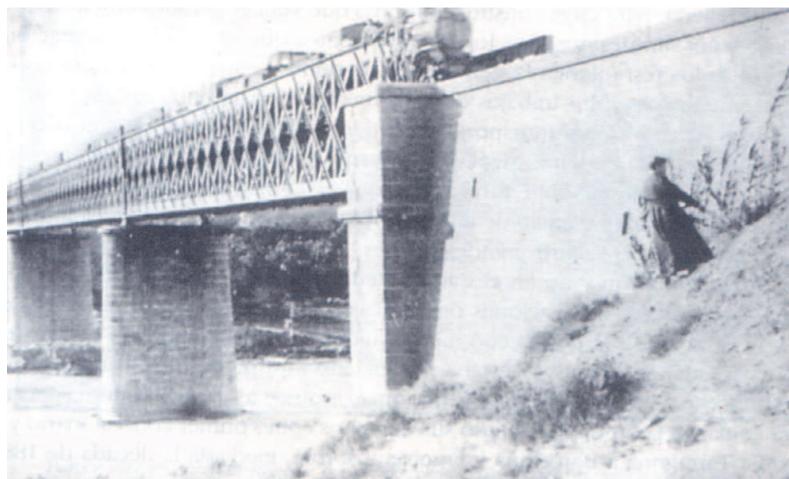
Alfonso XII colocó la primera piedra, pero de momento todo se quedó en eso, en una única piedra. Pasaban los años, entre prórrogas y rehabilitaciones, sin que se colocara un solo raíl. La lenta construcción del Val de Zafán quedó igualmente reflejada en *Mesa Revuelta*, donde puede leerse que «para echar 32 kilómetros de vías han sido precisos 17 años, dos pleitos, auxilios del Estado, obligaciones hipotecarias y tres prórrogas». Las críticas se hicieron extensibles al director gerente de la línea, señor Henrich, «por retardar el pago de la nómina y tener sin concluir dos estaciones, los muelles y otras dependencias» (Eduardo Taboada, 1898, p. 340). Trabajaban cientos de obreros en la vía, pero apenas se colocaban raíles, según seguía informando la *Miscelánea* en 1892. Las cosas iban algo mejor en la línea Zaragoza-Barcelona, aunque tampoco aquí el camino a recorrer fue fácil. Finalmente en junio de 1894, y al parecer aprovechando la presencia

del turolense Carlos Castel como director general de Obras Públicas, se abrió el trayecto Puebla de Híjar-Samper de Calanda; cuatro días más tarde, el primero de julio, se hizo operativo el tramo Caspe-Samper, de unos 39 kilómetros. De las esperanzas y las ilusiones que los vecinos del Bajo Martín habían puesto en los ferrocarriles puede dar buena cuenta el hecho de que, hacía ya años, hubieran nombrado al director-gerente de la compañía ferroviaria, Francisco



Azaila. Apeadero

de Guma y Terreu, hijo adoptivo de Samper, colocando su nombre en una de las calles más céntricas de la población y colgando su retrato en la casa consistorial «para perpetuar la gloria y memoria a tan distinguida persona».



Samper de Calanda. El Puente Negro

Tras configurar el enlace con Azaila, en julio de 1894, se concluyó la línea Zaragoza-Barcelona por tierras del Bajo Martín. Como obra complementaria se enlazó La Puebla de Híjar con Alcañiz en julio de 1895, para conectar

la capital del Bajo Aragón a la línea Zaragoza-Barcelona.

Respecto al olvidado Val de Zafán, los diputados de varios distritos, especialmente el de Tortosa como el más directamente interesado en la reanudación de las obras, presionaron durante años al Ministerio de Fomento e intentaron que la compañía concesionaria fuera de absoluta solvencia. Pero tuvieron que pasar muchos años, hasta septiembre de 1941, poco antes de que todas las vías españolas de ancho normal se incorporaran a RENFE, para que el Val de Zafán llegara a Tortosa. Ahí quedaban definitivamente conformados los 129 kilómetros del Val de Zafán, que entre La Puebla y Tortosa se sumergía dentro de 56 túneles, entre ellos el de Valdealgorfa, de dos kilómetros y medio de longitud, marcado en el meridiano de Greenwich como punto de referencia de las horas porque el sol solo lo atraviesa completamente durante los días de solsticio. Había varios tramos sobre el río Martín, salvados con espectaculares puentes de piedra y de hierro como Val Primera, El Regallo, La Maraga, Valimaña o el Puente Negro en la zona más ancha de la ribera, algún cruce con el directo a Barcelona y varios pasos inferiores sobre diferentes caminos. La Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona construyó los puentes más complicados. Para levantar los terraplenes la gente subía la tierra a capazos, hay noticias de muertos y mutilados en los trabajos de construcción y hasta hubieron de bajar los *burreros* de la sierra para transportar más tierra con sus reatas de animales. El director gerente de la obra fue Nicolás Escoriaza, conocido industrial y empresario zaragozano vinculado también al negocio de los vagones ferroviarios.

Los regeneracionistas turolenses veían en el tren la gran esperanza de futuro y el mejor exponente de los nuevos tiempos de progreso, como documentaban las publicaciones bajoaragonesas de la época y las campañas de promoción. Desde el Bajo Martín, León Cappa soñaba, a mediados del siglo XIX, con un río Ebro navegable y, por tanto, disponible para transportar el carbón de las cuencas mineras turolenses río abajo hacia Cataluña. Efectivamente, muchos años más tarde, el tren minero de la empresa nacional Calvo Sotelo bajaba los carbones de la cuenca minera turolense al Ebro, a través del tren. Pero ahora no se trataba, como antaño,



Samper de Calanda. Antigua estación de Huerta de Samper

de transportarlos por el río, sino de aprovecharlos para alimentar la central térmica de Escatrón, tras pasar por La Mata, aproximarse a Andorra y recorrer Híjar, Samper, Jatiel y Castelnou. Con esta finalidad se construyó una nueva estación en Samper, en el final de la cuesta de Val de la Chueca, que se inauguró, junto a los terraplenes, los túneles y los tendidos, en junio de 1953. Franco vino a inaugurarlo todo, pero pasó por Samper como *Bienvenido Mr. Marshall*, sin apearse siquiera y sin bajar del tren. Dicen que saludó desde la ventanilla y hasta puede que, con suerte, leyera alguna de las banderas y pancartas sostenidas por camisas azules y boinas rojas.

Elecciones y cacicatos en el último cuarto del siglo XIX

La división provincial en distritos electorales apareció publicada, con carácter definitivo, en la *Gaceta de Madrid* en enero de 1871. A la provincia de Teruel se le asignaban seis escaños y, en consecuencia, quedaba dividida en seis distritos. Las tierras de la actual comarca del Bajo Martín quedaron incluidas dentro del distrito de Alcañiz, que abarcaba pueblos de los partidos de Alcañiz y de Híjar, con un total de 16 municipios, de los cuales 12 pertenecían al partido de Híjar (Albalate, Alloza, Andorra, Ariño, Azaila, Castelnou, Híjar, Jatiel, La Puebla, Samper de Calanda, Urrea de Gaén y Vinaceite).

Evolución del censo electoral en varios municipios del Bajo Martín durante el sufragio censitario

	1879	1881	1884	1886	Población 1887	% Censo Electoral 1886
Albalate	204	188	238	218	4.201	5,2%
Azaila	132	110	104	96	2.201	4,4%
Híjar	125	109	89	80	3.258	2,5%
La Puebla	165	154	142	124	2.152	5,8%
Samper	189	175	158	182	2.712	6,7%

Fuente: Elaboración del autor a partir de M. Serrano (1996)

Clasificación profesional de electores en el Bajo Martín. 1879

	Población 1887	Electores 1879	Propietarios	Comerciantes	Artes	Eclesiásticos	Maestros	Otros
Albalate	4.178	204	189	5	—	4	1	5
Azaila	683	65	64				1	
Castelnou	579	36	34				1	1
Híjar	3.190	125	98	4	1	9		13
Jatiel	226	11	10			1		
La Puebla	2.150	165	147	4	7	2	2	3
Samper	2.641	189	179	2		2	2	4
Vinaceite	481	20	19				1	

Fuente: Censo Electoral de Alcañiz. En el apartado *Otros* se incluyen jueces, fiscales, abogados, médicos, veterinarios y empleados

En 1879 le ofrece explicaciones la Liga Electoral de Albalate al candidato Francisco de Pedro por no haberle apoyado y optar en su lugar por Giménez y Gil, quien había prometido la consecución futura de determinados servicios:

Usted y todo el mundo sabe muy bien que el corto trayecto de la carretera que nos ha de unir con la de Híjar y también con la vía férrea sería la vida de este pueblo y la única manera de ponernos en concierto con los hombres y con las ideas; y comprendiéndolo así, formamos una liga electoral dispuesta siempre a llevar a cabo todo género de sacrificio y como a veces en los periodos electorales se encuentran medios de conseguir lo que se desea, aceptamos desde luego las demostraciones de protección que nos hizo el candidato oficial D. Francisco de Paula Jiménez y una vez empeñada así nuestra palabra, el honor y la delicadeza no nos permite votar otra candidatura que no sea la de este señor.

Y así lo hicieron, como puede apreciarse en el siguiente cuadro, que resume los resultados electorales en el distrito de Alcañiz (que agrupaba a los pueblos del Bajo Martín) durante el último cuarto del siglo XIX.

Resultados electorales y candidatos en el distrito de Alcañiz. 1876-1901

	Censo electoral	Votos	Abstención (%)	Candidato elegido	Segundo lugar	Otros votos
1876	6.504	6.493	0,2	Navarro de Ituren (conservador, 4.990 votos)	Rodríguez Ortiz (conservador, 1.489 v.)	14
1879	2.757	1.837	33,4	Giménez y Gil (conservador, 1.458 v.)	De Pedro Esmir (const., 364 v.)	15
1881	2.253	1.725	24,3	De Pedro Esmir (fusionista, 1.263 v.)	Giménez y Gil (conservador, 423 v.)	39
1884	2.086	1.649	27,4	De Soler Ferrer (conservador, 912 v.)	Bernad Ramírez (conservador, 570 v.)	167
1886	1.901	1.625	14,5	Gasca Ballabriga (liberal, 1.235 v.)	Ripollés Baranda (conservador, 263 v.)	137
1891	–	7.286		Ripollés Baranda (conservador, 4.247 v.)	Félez Magallón (liberal, 3.034 v.)	5
1893	9.399	7.026	25,3	Comas Blanco (liberal, 4.033 v.)	Ripollés Baranda (conservador, 2.981 v.)	8
1896	9.688	7.349	24	Andrade Navarrete (conservador, 2.959 v.)	Comas Blanco (liberal, 2.831 v.)	1.562
1898	9.725	7.466	23,2	Comas Blanco (liberal, 6.193 v.)	Liñán (carlista, 3.002 v.)	2
1899	9.610	4.848	49,5	Ulzurruín de Asanza (conservador, 4.839 v.)	Marqués de Tosos	9
1901	9.773	6.931	29,1	Comas Blanco (liberal, 3.782 v.)	R. Altarriva (carlista, 3.115)	17

Fuente : Boletín Oficial de la Provincia de Teruel y M. Serrano (1996)

En la oligarquía económica y política que había arrancado del reinado de Isabel II se apoya luego el régimen de la Restauración en sus primeros años. Es el caso en la zona del Bajo Martín de los Navarro de Ituren, Francisco de Paula Jiménez, Gasca Ballabriga o De Pedro Esmir, de la familia de los barones de Salillas. Luego llegarían otros políticos destacados a estas tierras como el conservador Andrade Navarrete, el liberal Comas Blanco y caciques locales como José Rivera, *don Pepe*, amo y señor de Albalate. Resulta difícil hablar de programas electorales durante la Restauración, pues rara vez se redactaban proyectos políticos como tales. Y es que los programas nacionales resultaban demasiado abstractos y lejanos. Con mucha más frecuencia aparecen, en los manifiestos de los candidatos o en su correspondencia con los electores, expresiones del tipo de «los logros que el distrito pretende...» o «las aspiraciones a las que me comprometo...». Logros y aspiraciones que podían ser tanto colectivas (que llegue el ferrocarril, que traigan las escuelas, que mejoren la carretera, que no se desamortice tal o cual monte, que nos reduzcan el cupo de contribución), como individuales (una ocupación para el hijo, una exención militar, un contrato de arrendamiento más favorable). Aunque muchos fueran analfabetos, los vecinos del Bajo Martín eran gente que creaba cadenas lógicas de pensamiento en pro de su interés. Y, por lo que al tema electoral respecta, su interés más inmediato radicaba en encontrar mediadores idóneos, esto es, representantes que

tuvieran poder, que supieran ejercerlo y que quisieran hacerlo. Demandar, y conseguir, un canal, un pantano, una línea férrea o una carretera mejoraba las expectativas de futuro de una agricultura seriamente amenazada, a pesar de las barreras proteccionistas, y además, de manera inmediata, daba ocupación a jornaleros en apuros. De todo lo anterior se deduce que las elecciones eran algo más que simple fraude, votantes subsidiarios, imposición y fabricación desde arriba, por influencia del gobierno. Por el contrario, se pone de manifiesto el peso de las oligarquías locales, bien reflejado en la constitución de cacicatos estables, es decir, de gente que rompe el turno marcado desde Madrid.

Bibliografía

- ABADÍA PARÍS, Alejandro, *El siglo XIX en Samper de Calanda*, Ayto. de Samper, Zaragoza, 1985.
- BLANCO LALINDE, Leonardo, *Aproximación a la historia de Urrea de Gaén*, Ayto. de Urrea, 2003.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy, *Historia del ferrocarril turolense*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1987.
- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos, *El regeneracionismo turolense a finales del siglo XIX*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1993.
- LABORDA GRACIA, Mariano, *Recuerdos de Híjar*, Centro de Iniciativas Turísticas, 1980.
- PEIRÓ ARROYO, Antonio, *Libros impresos en la provincia de Teruel, 1482-1950*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1982.
- PINA PIQUER, José Manuel, *De ilusiones y tragedias. Historia de Albalate del Arzobispo*, Ayuntamiento de Albalate del Arzobispo, 2001.
- PINILLA NAVARRO, Vicente, *Teruel (1833-1868). Revolución burguesa y atraso económico*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1986.
- RÚJULA LÓPEZ, Pedro (coord.), *Aceite, carlismo y conservadurismo político. El Bajo Aragón durante el siglo XIX* (Al-Qannis, n.º 5), Alcañiz, 1995.
- SABIO ALCUTÉN, Alberto, *A las puertas de la memoria. La historia local en Samper de Calanda (1850-1970)*, Ayuntamiento de Samper de Calanda, Instituto de Estudios Turolenses y Centro de Estudios del Bajo Aragón, 1997.
- SERRANO GARCÍA, Montserrat, *La provincia de Teruel durante la Restauración. Elites, elecciones y comportamiento político, 1875-1907*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1996.
- TABOADA, Eduardo Jesús, *Mesa Revuelta. Apuntes de Alcañiz* (Zaragoza, 1898), Ayto. de Alcañiz, Alcañiz, 1969 (reed. fac.).
- VILLANUEVA HERRERO, José Ramón, *Alcañiz (1868-1874): entre la legalidad septembrina y la insurrección carlista en el Bajo Aragón*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1987.
- , *El republicanismo turolense durante el siglo XIX (1840-1898)*, Mira, Zaragoza, 1993.
- VV. AA., *Encuentro sobre historia contemporánea de las tierras turolenses*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1986.
- VV. AA., *Historia contemporánea de Aragón. Dos siglos cruciales, XIX y XX*, Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1993.

